

SAN VENANCIO, MÁRTIR

Día 18 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Tamerino, ciudad del ducado de Espoleto, junto á la Marca de Ancona, fue patria, y al mismo tiempo teatro, del glorioso martirio de San Venancio. Desde la edad de quince años empezó este santo mancebo á desear con ansia que conociesen todos y amasen á Jesucristo. Este celo suyo contribuía á la dilatación de la Iglesia y á la ruina de la gentilidad. Llegó esto á oídos de Antíoco, que gobernaba aquella ciudad por orden de Decio. Y, como Venancio supiese que le habían mandado prender, él mismo se presentó y le dijo que los dioses que adoraba no eran sino hombres y mujeres de vida estragada y disoluta, invención del diablo, para que en ellos adorasen el vicio; que no hay más que un solo Dios, Criador de Cielo y Tierra, cuyo único Hijo se hizo hombre y se dejó prender y matar para libramos de la servidumbre y dé la muerte que acarrea el pecado. Irritado el gobernador al ver que un imberbe joven osase vilipendiar en su presencia el culto de los ídolos, mandó á los soldados que le prendiesen y atormentasen del modo más cruel que imaginar pudieran. Empezaron los verdugos por azotarle con tanta fiereza, que hubiera muerto en este martirio si no enviara Dios un ángel, el cual quebrantó sus prisiones y alejó á los que le maltrataban. Pero estos desventurados, en vez de ablandarse por esta maravilla, más crueles que fieras, colgándole cabeza abajo, le quemaron el cuerpo con planchas encendidas, y le abrían la boca para que, recibiendo el humo, se ahogase. Muchos de los que presenciaban estos tormentos, viendo la constancia del

mártir, se convirtieron á la fe, entre los cuales se cuenta Anastasio Cornientario, admitido después á la palma del martirio.

Antioco, admirado de que Venancio no hubiese todavía muerto, quiso ver si con promesas y halagos le arrancaría de su propósito. Viendo que nada podía conseguir, le llamó y trató de inobediente á sus órdenes, mandando que le partiesen los dientes y las quijadas, y le echasen en un muladar. Le sacó de allí un ángel; y como le hubiesen llevado ante un juez para oír su sentencia, hablándole Venancio en defensa de la religión cristiana, cayó el juez de su tribunal y murió diciendo que el Dios de Venancio era el verdadero, á quien todos debían adorar, desechando los ídolos.

Antioco, luego que llegó esto á su noticia, mandó que Venancio fuese arrojado á los leones, los cuales, olvidados del hambre y de su natural fiereza, se postraron á sus pies lamiéndole la cara, predicando el mártir entre tanto la fe de Jesucristo al pueblo que había concurrido á aquel espectáculo, y exhortándolo á que obedeciesen al verdadero Dios, supuesto que hasta las bestias fieras se amansaban reconociéndole como á su Señor, traspasando las leyes de la naturaleza por cumplir en todo su divina voluntad. Desesperados con esto los verdugos, volvieron al Santo á la prisión.

Al día siguiente, un santo sacerdote, llamado Porfirio, se presentó á Antioco y le dijo que aquella noche había visto en sueños á todos los que bautizaba Venancio cercados de gran resplandor, y á Antioco en tinieblas. Enfurecido Antioco, mandó luego que le degollasen, y que á Venancio arrastrasen por lugares llenos de cardos y espinas. Medio muerto salió Venancio de este martirio; á otro día le despeñaron, y tampoco quiso Dios muriese su esforzado confesor. El gobernador, ciego ya de ira y de

cólera, y cada vez más empedernido y desatinado, dispuso que nuevamente le arrastrasen por lugares ásperos y pedregosos á mil pasos de la ciudad. En este martirio consiguió su corona; obrando antes el santo mártir un prodigio, que fue con la señal de la cruz sacar agua de una piedra para apagar la sed de sus verdugos. Muchos se convirtieron á la fe á vista de esta maravilla, á los cuales, juntamente con Venancio, mandó degollar el gobernador en el mismo sitio.

A la ejecución de los Santos se siguieron grandes terremotos, y una tempestad de truenos y rayos tan espantosa, que Antíoco, aterrado, huyó, mas no pudo escapar de la venganza divina, pues al cabo de pocos días murió desastrosamente. El cuerpo de San Venancio y los de sus compañeros sepultaron honrosamente los fieles, y hoy día se veneran en una iglesia que se dedicó á San Venancio en Camerino.

Celébrase hoy la fiesta de San Venancio por decreto del papa Clemente X. Baronio dice que las actas de este santo mártir, que vio en Camerino, están llenas de inexactitudes, de las cuales ha entresacado la Iglesia lo que hay de verdad para ponerlo en su Oficio. No debe confundirse este Santo con otro del mismo nombre, obispo y mártir, de que habla el Martirologio el día 1.º de Abril. Los que dicen que el nuestro fue obispo, no advirtieron que tenía sólo quince años cuando fue su glorioso triunfo; que fue el año 253, en la sexta persecución de la Iglesia por el emperador Decio. Escriben de San Venancio Pedro de Natalibus y Ferrari en *Los Santos de Italia*.

SAN FÉLIX DE CANTALICIO, CONFESOR

San Félix, llamado *Cantalicio* del lugar de su

nacimiento, pequeña población del mismo nombre, perteneciente al territorio de *Cita Ducale*, en la provincia de Umbría, nació en 1513. Sus padres fueron pobres, pero temerosos de Dios. Llamábase su padre Santo de Carato, y su madre Santa, ó porque fue éste el verdadero nombre de los dos, ó porque le merecieron por su virtud y vida ejemplar. Habiendo logrado Félix ser hijo de unos padres que se llamaron Santos, él lo fue casi desde la cuna, así por la inocencia bautismal, que jamás perdió, como por su ardiente amor de Dios y su tierna devoción á la Santísima Virgen.

Por su pobreza se vio obligado desde niño á guardar ovejas en el campo; y, grabando una cruz en el tronco de una encina, se ponía de rodillas delante de ella, rezaba muchos rosarios en el día, y no pocas veces pasaba en oración una parte de la noche.

Luego que se sintió con fuerzas bastantes para cultivar la tierra, se puso á servir á varios labradores. En casa de uno de estos amos oyó leer en cierto día la Vida de los Santos, singularmente de aquellos solitarios que pasaron toda la suya en el desierto, entregados al ejercicio de la oración y la penitencia. Concibió un encendido deseo de imitarlos; y, preguntando si había todavía en el mundo aquella especie de hombres extraordinarios, le respondieron que, sin ir muy lejos á buscar esos hombres muertos y crucificados al mundo, encontraría en la religión de los Padres capuchinos todos aquellos ejemplos de virtud que se habían hecho admirar más en los santos anacoretas.

No necesitó más informe. Voló luego al convento de *Cita Ducale*, y pidió el santo hábito. El guardián, para probar su vocación, le hizo una horrorosa, pintura de la mortificación y de la penitencia que pedía la santa Regla, y, mostrándole después un Crucifijo

dolorosamente ensangrentado, le añadió: *Este es el modelo á que debe conformar su vida un capuchino.* Así la vista de aquel sangriento espectáculo, como la instrucción del fervoroso prelado, traspasaron el corazón del pretendiente, y, hecho un mar de lágrimas, se arrojó á los pies del Padre guardián, poniendo al Cielo por testigo de que ni venia ni aspiraba á otra cosa que á una vida del todo crucificada. Admirado el guardián de su fervor, le recibió para fraile lego, y le envió al convento de Ascoli á tener su noviciado. Era á la sazón de veintiocho años, y desde el primer día conocieron todos á qué heroico grado de santidad había de llegar presto aquel novicio.

En tal escuela, fáciles son de comprender los progresos que nuestro Santo haría en la virtud. Asáltóle en el noviciado una calenturilla lenta, que por su duración hubiera precisado á los superiores á despedirle como inútil y sin fuerzas para los penosos ejercicios de su estado, si las pruebas que había dado de su eminente santidad no se considerasen dignas de prevalecer á los prudentes temores que se tenían de su quebrantada salud. Recobrada ésta, le enviaron al convento de Roma con el oficio de limosnero, el que ejercitó por espacio de cuarenta años con tanta edificación, que en la Bula de su beatificación se hace muy amplia mención de las virtudes que ejercitó en este oficio.

Los más disolutos se contenían á vista de su afabilidad y de su modestia. Algunas veces decía al compañero: *Buen ánimo, hermano; los ojos en la tierra, el espíritu en el Cielo, y en la mano el santísimo Rosario.* Era su oficio pedir el pan y el vino para la comunidad; y cuando volvía al convento cargado de pan y con el vino sobre sus hombros, solía decir con gracia: *Entré capuchino con ánimo de no probar el pan ni el vino en toda la vida, y Dios, para probarme, ha querido hacerme*

como dueño de todo el vino y de todo el pan que hay en Roma.

Y era así, que aquella misma abundancia que introducía él en su convento, á Félix sólo le servía para aumentar el mérito de su mortificación y de su abstinencia. Ni una ni otra parece podían subir más de punto. Jamás condescendió en cosa alguna con el gusto y con la inclinación de sus sentidos. Hallándose un día en el palacio del cardenal de Santa Severina, protector de la Orden, dijo el compañero á Su Eminencia que mandase á Fr. Félix descargar la limosna que tenía sobre los hombros; y preguntado Félix por el cardenal qué le parecía, respondió: *Señor, el soldado ha de morir con la espada en la mano, y el asno con la carga á costas; añadiendo: No permita Dios que yo alivie jamás á un cuerpo que sólo es de provecho para que se le mortifique.*

Siendo tan austero para consigo, era extremadamente blando y dulce para con todos los demás. Su celo era encendido, pero siempre moderado, prudente y humilde, sin traspasar jamás los límites de su estado, corrigiendo en tono de ruego, y no con aire de aviso, consejo ó advertencia. Tuvo noticia de la mala disposición en que estaban ciertos jóvenes; buscólos, arrodillóse á sus pies y les dijo con lagrimas en los ojos: *Hermanos míos, os pido en caridad que tengáis lástima de vuestras almas;* palabras con que apagó el fuego de sus pasiones y los convirtió.

Era sencillo, pero no grosero; antes en su misma sencillez se descubría delicadeza, genio y buen gusto. Estando en casa de un ministro á quien acababan de obsequiar con una ternera, comenzó á mugir el animalillo, y, vuelto Fr. Félix al ministro, le dijo sonriéndose: *¿Sabe V. S. lo que quiere este pobre*

animalito? Pues le pide una sentencia favorable para el que se la regaló. Sus reflexiones eran justas, y siempre muy al alma. Mostrábale un célebre abogado su copiosa librería, en medio de la cual había un devoto Crucifijo, y, preguntando á Fr. Félix qué le parecía de aquella multitud de libros, respondió : Paréceme que todos estos libros sólo deben servir para estudiar y entender bien este libro grande (señalando al Crucifijo), que es el compendio de la ley y debe ser la regla de nuestra vida.

Impúsose una ley de no mirar jamás al rostro á mujer alguna, y la guardó exactamente; siendo tan excesiva su atención en materia de pureza, que era dicho común que la naturaleza de Fr. Félix más se parecía á la de los ángeles que á la de los hombres: tan extrema era la mortificación de sus sentidos.

Su ardiente caridad con los pobres era hija del encendido amor de Dios que le abrasaba las entrañas, no siendo fácil explicar á qué grado llegó este seráfico amor. Comulgaba en los primeros años tres veces á la semana; pero los quince últimos de su vida recibía la sagrada comunión todos los días.

Correspondía al amor que tenía al Hijo el que profesaba á su Santísima Madre. Ayunaba á pan y agua todas las vísperas de sus festividades; los sábados la rezaba el Rosario entero, y los demás días una parte de él.

Hacía oración una noche en la iglesia de su convento, cuando de repente se sintió tan extraordinariamente abrasado del divino amor, que, levantándose sin libertad, corrió apresurado al altar mayor, donde se veneraba una imagen de la Santísima Virgen, y, sin atender más que á los amorosos ímpetus de su encendido corazón, pidió á la Madre de misericordia

que siquiera por un momento le permitiese imprimir los más tiernos y más reverentes ósculos en su dulcísimo Hijo. Al punto se le apareció la Virgen, y le puso al Niño Jesús en los brazos. No es posible explicar ni los deliquios de amor, ni el torrente de suavísimas lágrimas que derramó nuestro Santo durante aquel éxtasis maravilloso. ¡Con qué ardor, con qué ternura abrazaría, acariciaría, besaría mil veces los pies de su divino Salvador! Mas al fin era preciso restituir á la Madre el preciosísimo tesoro; hizolo, pero fue eterna la impresión que causó en su alma este singular favor, y con razón se escogió después como por su emblema ó por su divisa, como se ve en sus imágenes y retratos.

La humildad y la obediencia de Félix fueron á un mismo tiempo efecto y prueba de su eminente santidad. Era ciega su obediencia, y para él cualquiera insinuación del superior era su decreto.

Hacia el fin de su vida le probó el Señor con crueles dolores en el vientre, para purificar su virtud y aumentar sus méritos. Cuanto más vivos eran los dolores, más sereno, más apacible y más risueño se manifestaba su semblante. Dijóle un día el médico que, pues había curado á tantos con el dulcísimo Nombre de Jesús, por qué no se valía de este mismo dulcísimo Nombre, aunque no fuese más que para mitigar en algo la fuerza de sus dolores. Respondióle el Santo: *Porque es mucho mi amor propio, y no tengo valor para privarme de lo que es todo mi gusto y consuelo.*

Pero, en fin, queriendo Dios poner término á sus trabajos y coronar sus merecimientos, le reveló el día de su muerte, y se dispuso para ella con tan visibles aumentos de devoción, de fervor y de ternura, que todos comprendieron tenía noticia cierta de su postrera hora. Cayó malo el último día de Abril, y, no pudiendo apenas

moverse, fue menester una orden expresa para que no fuese arrastrando á la iglesia muchas veces al día. Diez y ocho duró su enfermedad, que fue una oración continua. Luego que recibió los sacramentos, se quedó como enajenado en una especie de éxtasis; los ojos clavados en un objeto que sólo él veía; el corazón lanzando continuos y afectuosos suspiros hacia la misma parte; los brazos dulcemente extendidos hacia ella; todo denotaba alguna cosa extraordinaria que pasaba dentro de aquella purísima alma. Un hermano que le asistía, y se llamaba Fr. Urbano, le preguntó qué era lo que veía. *¿Pues qué,* le respondió Félix, *no ves á mi querida Madre la Santísima Virgen, acompañada de tantos ángeles, que me llenan de gozo y de consuelo ?* Un cuarto de hora después volvió en sí, y advirtiéndole que antes debía de haber hablado algo, suplicó al guardián que le dejasen solo. En fin, el día 18 de Mayo del año de 1587, y á los setenta y dos de su edad, sin haber entrado apenas en la agonía, dejó la Tierra para ir á recibir en el Cielo la corona de sus trabajos y virtudes.

Luego que se publicó en Roma su muerte, corrió toda la ciudad al convento, apresurándose cada uno por besar el santo cadáver, y por lograr alguna de sus reliquias. Los muchos milagros que obró en vida, y los que hizo Dios por su intercesión después de muerto, le granjearon presto la veneración del público. El papa Sixto VI, en cuyo pontificado murió San Félix, prometía testificar de su misma mano diez y ocho, y quiso él mismo beatificarle; pero no tuvo tiempo para hacerlo. Paulo V mandó trabajar el proceso de su beatificación, y Urbano VIII publicó el decreto de beatificación solemne el año de 1625, y permitiendo que rezase de él á toda la religión de los capuchinos. Finalmente, el año de 1712 el papa Clemente XI le canonizó, siendo celebrada en toda la Cristiandad esta canonización con extraordinaria devoción y magnificencia.

REFLEXIONES

En comparación de la eminente ciencia, que consiste en conocer bien á Jesucristo, todas las demás me parecen ignorancia. Este es el lenguaje de todos los santos, y éste fue siempre su verdadero dictamen. ¿Es, por ventura, también el nuestro? Pero los santos ¿profesaron acaso religión distinta de la que nosotros profesamos, ó aprendieron diferente doctrina? Y siendo nuestras máximas tan opuestas á las suyas, siguiendo nosotros una práctica tan contraria á la que siguieron ellos y tan distante del espíritu y de los principios del Evangelio, ¿podemos decir con verdad que profesamos la misma religión que ellos profesaron? ¿Acaso hay cosa más monstruosa, ó por mejor decir, más irracional, que el sistema que en punto de religión se forjan las gentes del mundo? Quieren ser tenidos por cristianos, y así admiten todos los principios de la fe; dejan pasar las verdades del Cristianismo; pero, en llegando á la doctrina práctica para el gobierno de las costumbres, los alborota y los inquieta la que enseña Jesucristo; no hay que pensar que se arreglen á lo que prescribe el Evangelio: la regla de sus costumbres ha de ser el impulso de sus pasiones. *He renunciado todas las cosas, dice San Pablo, y todas ellas las he estimado por basura, sólo por ganar á Jesucristo.* Con efecto, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde á Jesucristo, pues perdiéndole se pierde á sí mismo? ¡Oh, y qué enorme diversidad de proceder, de concebir y de portarse se suele observar, tal vez entre dos hermanas y entre dos hermanos! Uno se va á sepultar vivo en un claustro; otro es como el alma de todas las diversiones; no halla gusto sino en lo que satisface á los sentidos. No todos han de ser religiosos, dicen ellos; es así, pero todos deben ser cristianos. Las perniciosas máximas del mundo no están menos prohibidas á los que hacen profesión de discípulos de Cristo en el siglo, que á los que le sirven en el claustro. No hay más que una

religión verdadera, luego no puede haber más que una verdadera doctrina. Todo sistema de honestidad, de razón y de virtud que no es conforme con el Evangelio, es ilusión que debe causar lástima.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temáis, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el Reino. Vended lo que tenéis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los Cielos que no mengua, adonde no llega el ladrón, ni la polilla le roe. Porque, donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

MEDITACIÓN

Del corto número de los que se salvan.

PUNTO PRIMEO.—Considera que en todas edades, en todos tiempos fue corto el rebaño de los escogidos de Dios. ¿Qué fue una familia compuesta de solas ocho personas, comparadas con todos los habitantes del universo? Sin embargo, esta sola familia se escapó de las aguas del diluvio. De aquellas cinco ciudades, á solas tres ó cuatro personas perdonó el fuego del Cielo. Por espacio de muchos siglos no fue Dios conocido ni adorado sino en un rincón de la Tierra. Extendióse por todo el universo la religión cristiana; pero ¡cuántos herejes hay! Y aun entre los católicos, á quienes plugo al Padre de las misericordias conceder el Reino, ¿forman por ventura un gran rebaño? ¿Qué te parece? ¿Serán muchos los que se salven?

No hay más que dos caminos para el Cielo: la inocencia ó la penitencia. El número de aquellas almas

puras que jamás fueron manchadas con pecado personal, el de aquellas almas privilegiadas que conservaron perpetuamente la inocencia del bautismo, ¿te parece que es muy crecido? Y el de aquellas que después de haber perdido la inocencia volvieron á la gracia por medio de la penitencia saludable, ¿juzgas que es muy cuantioso? Por todas las edades y por todos los estados se propagó la corrupción de las costumbres; fue un torrente que inundó toda la Tierra. Lo mismo la inunda hoy; ¿y hay muchos penitentes verdaderos?

En estos desgraciados tiempos, con tal que se observen ciertas apariencias de religión, ciertas exterioridades de virtud, no sé qué decencia ó circunspección exterior, cada uno se forma su particular sistema de conciencia, á cuyo abrigo vive tranquilo en el negocio de la salvación. Pero ¿ignoramos acaso que los herejes también se forman su sistema, y que son mucho más observantes de ciertas ceremonias que nosotros? Dirás que tú tienes la dicha de vivir en la religión verdadera, y los otros la desgracia de haberse separado de ella. Es verdad; pero dime: ¿cuál es menos malo, no creer apenas cosa de lo que se debe hacer, ó no hacer apenas cosa de lo que se cree?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que entre todas las verdades de nuestra religión, ninguna hay más espantosa, pero quizá tampoco hay otra más sensiblemente probada que ésta. Consulta la Sagrada Escritura: profecías, ejemplos, figuras, todo prueba que son pocos los que se salvan. Consulta al mismo Jesucristo. ¡Qué cosa más clara ni más precisa! ¿Cuál más terrible que lo que dice de este corto número?

Aun cuando fuese cierto que de diez mil personas sólo una se había de condenar, debiera yo de estremecerme y temer que fuese yo esa persona

desdichada. ¡ Ah, que de diez mil, acaso no se salvará ni sólo una! ¡Y vivo con reposo! ¡Y nada temo!

Si el Hijo de Dios hubiera dicho que se habían de salvar todos los cristianos, y lo hubiera dicho tan expresamente como afirmó que era corto el número de los escogidos, ¿pudiéramos vivir con mayor seguridad de la que vivimos sobre el negocio de nuestra salvación eterna? Convenimos en que todo está sembrado de escollos, en que estamos en gran peligro de perdernos, y, con todo eso, vivimos tranquilos. ¿Quién nos ha dado esta seguridad? ¿Acaso tenemos menos de qué temer, por lo mismo que estamos menos prevenidos? Por haber sido menos cautos, menos prudentes, menos discretos, ¿seremos menos desdichados, si nos condenamos?

Es verdad, Señor, que hasta la hora presente he seguido á la muchedumbre, he caminado por el camino ancho; pero, Dios mío, muy resuelto estoy á caminar desde hoy en adelante por el estrecho, para ser del corto número de los escogidos. Aunque no se hubiese de salvar más que uno sólo de los que hoy viven, confío tanto en vuestra divina gracia, y voy á dar principio á una vida tal, que espero yo ser ese solo.

JACULATORIAS

Tuyo soy, Señor, sálvame.—*Ps. 118.*

Dios mío, salva á tu siervo, que confía en ti.—*Ps. 85.*

PROPÓSITOS

1. *No quieras temer, pequeña grey, porque plugo á tu Padre darte el Reino Celestial, dice el Salvador del mundo (Luc., 12).* El tropel y la muchedumbre no logran esta dicha, ¿por qué? Porque, como el camino que

conduce á la vida es tan estrecho, no encuentran con la entrada, y así hay pocos que entren por él (*Matth.*, c. 7); pero el camino que conduce á la perdición es espacioso, y así entran por él innumerables. Haz profesión de ser del rebaño pequeñito, del número de los pocos en lo que respecta á la doctrina y á la perfección cristiana. Son pocos los que en su conducta se gobiernan por las máximas de Jesucristo, mientras se atropella la multitud de los que siguen las máximas del mundo. Desde hoy en adelante dedica todo tu cuidado, todo tu estudio y coloca toda tu gloria en ser del pequeño número, puesto que á él está prometido el Reino de los Cielos.

2. En materia de reforma, las resoluciones y los propósitos siempre han de ser prácticos. Comienza desde este punto moderando ciertas galas demasíadamente mundanas, ciertas diversiones poco arregladas á la religión, ciertos muebles superfluos ó menos conformes á tu estado, á tus votos y á tus reglas. No dilates para mañana esta declaración de tu nueva vida y de tu fervor; antes bien, desde hoy mismo alístate en la pequeña grey á la cual está destinado el Reino de los Cielos.